

MARÍA JOSEFA BARNET

Por Enrique José Varona

CON sello holandés me acaba de llegar un sobre de grandes márgenes negras. Lo abrí con cierta indiferencia, aunque con extrañeza, porque el lugar de procedencia no hería mi imaginación. Recibí un choque eléctrico. María Josefa Barnet había muerto. Cerré los ojos, y quedé suspenso. Un pasado remoto de esperanzas, de actividad, de ilusiones doradas por la luz de la vida en flor, flotó ante mí; y un soplo cálido hizo revolotear en torno mío el enjambre zumbador de los recuerdos.

Ví acercarse a mí una bella joven risueña con ambas manos extendidas, cordial en el ademán y en las palabras. Y así la ví siempre. Gran sembradora de afecto, María Josefa Barnet no tenía en los labios sino frases halagüeñas, y en sus puros ojos profundos la llamada efusiva de un espíritu presto a darse todo y a recibir de cuanto lo rodeaba efluvios vitales. Su inteligencia era magnética. Hacía vivir cuanto escrutaba. Su corazón se difundía sin esfuerzo en sus actos, porque simpatizaba con cuanto encontraba a su paso bello o tierno o sensible. Presta a la sonrisa y al goce, tenía el don de las lágrimas sinceras ante el dolor. Hubiera podido llamarse bondad.

La suerte le había sido propicia. Era por privilegio natural el centro de su hogar. Sus padres, su hermano, la querían de modo entrañable, y veían en el talento de la joven la mejor presea de aquella casa rica, y en su afabilidad el mayor atractivo de aquella mansión hospitalaria. Amaba ella la música y las letras, y se complacía en el trato de sus cultivadores.

Fué la de su juventud época de gran animación en los salones literarios de la Habana; y en las famosas "conversaciones" de Céspedes María Josefa Barnet brillaba a la par de Nieves Xenes, de Mercedes Matamoros y otros astros de menor magnitud. Por entonces escribió mucho; aunque no recuerdo que publicase nada. La vivacidad de su observación y su afinada sensibilidad la hacían preferir la narración de episodios dramáticos, en que ponía los toques vibrantes de su alma poética.

Amigo, pero no íntimo, de su familia, ignoro los motivos que obligaron o resolvieron a ésta a dejar a Cuba y establecerse en Francia. En los primeros tiempos de su residencia en ese país de arte, en plena ebullición literaria, la joven escritora cubana se sintió poseída por la fiebre del trabajo; pero paso a paso se dejó invadir por el desaliento, y, como flor que pliega los pétalos y guarda en su nectario la fragancia que acendra, ya no produjo, ni hablaba siquiera de lo que había producido. Parecía vivir sólo para sus afectos.

Ni un punto se aflojaron los vínculos que nos unían; su amistad ingeniosa encontraba motivos en la menor circunstancia para demostrar que no se olvidaba de mí, ni de los míos. Año tras año sostuvo correspondencia conmigo. Era siempre la primera en darme a conocer las novedades literarias de París. Durante los años tremendos de la gran guerra multiplicó sus envíos de obras, que me fueron de suma utilidad para formarme idea de los vaivenes de la conciencia pública en Francia, durante ese período tormentoso. Su gran cultura la convertía en un corresponsal insuperable.

En esta nota toda íntima, no tengo otro propósito que dedicar un recuerdo lleno de emoción a la que en todo tiempo estuvo tan cerca de mi espíritu. Después de la paz, su salud se hizo más y más precaria, y la obligaba a frecuentes estancias en los balnearios. Poco a poco fué envolviéndose en el silencio, que ahora resultará eterno. Se esfuma así, bella y pálida figura, entre tantas como se alejan, internándose en la sombra impenetrable que nos circunda. Sic itur ad pacem.

Habana, 5 de Marzo, 1929.